

brantar el respeto que os debo? y esto diciendo arroja la moneda y la huella con sus piés. Los cortesanos al ver esto se abalanzan contra él para maltratarle, pero Estéban suspirando exclama : ¡Cómo! es delito digno de muerte ultrajar la imágen de un príncipe de la tierra , ¿ y no lo será pisotear la del Rey de los cielos? Á esto nada podia contestarse , ni se contestó ; pero la pérdida del anciano quedó resuelta , y arrastrado á un calabozo al cabo de tiempo falleció de mala muerte.

La persecucion fué tomando creces , y todas las ciudades del imperio se tiñeron en sangre de los Mártires. Esta guerra contra el culto de los Santos es notable , por cuanto prueba que ninguno de nuestros dogmas ha dejado de recibir su sangriento bautismo : ¿ puede desearse mas brillante testimonio de la verdad? Sin embargo la mano de Dios se descargó contra el tirano , que tambien debia atestiguar la divinidad del Cristianismo, convirtiéndose en padron de la divina justicia que habia ultrajado. En una expedicion contra los Búlgaros sintió devorar sus piernas por grandes úlceras y carbunclos con una calentura y unos dolores tan intensos , que perdía el seso , quedándole apenas la lucidez suficiente para conocer con desesperacion la proximidad del juicio de Dios. Embarcáronle en un buque con ánimo de volverle á Constantinopla ; pero no tuvo tiempo de llegar : el dia 4.º de setiembre de 775 falleció gritando que se abrasaba vivo , y que ya sentía en su cuerpo las llamaradas infernales , en castigo de las blasfemias que se permitiera contra la Madre de Dios. Tal fué la suerte de este Emperador , suerte tremenda y bien propia para contener á los reyes que trataban de seguir tan desgraciada senda.

ORACION.

Dios mio , que sois todo amor , gracias os doy por haber consolado á vuestra Iglesia atrayendo á la fe nuevos pueblos en reemplazo de los que la herejía le arrebatava : no permitais que abusemos de vuestras gracias , para que las transfirais á otros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas , y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor , *tendré sumo respeto á las santas imágenes.*

LECCION XXXII.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS VIII Y IX.)

La Iglesia consolada y defendida : san Juan Damasceno ; segundo concilio general de Nicea. — La Iglesia propagada : conversion de Dinamarca y de Suecia ; san Anscario. — Atacada en España por los Árabes. — Defendida por sus Mártires : san Eulogio. — Propagada : conversion de los Búlgaros.

Padecer persecucion , tal es el destino de la verdad en la tierra , desde el pecado original , y en todo tiempo los que la han predicado fueron objeto de animadversion. No se habrá olvidado lo que á los Profetas costó anunciarla á los Judíos ; el mismo Hijo de Dios , verdad viviente , tuvo que apurar en su persona toda la protervia de los hombres envilecidos , siendo un verdadero hombre de dolores ; igual suerte cupo á los Apóstoles , y la divina Esposa del Hombre-Dios , la Iglesia católica , llevará eternamente ceñida en su frente una corona de espinas. Mas si por un lado la verdad es combatida sin cesar , por otro es sin cesar defendida , de manera que en esta lucha perdurable la victoria queda y no puede menos de quedar por ella , conforme nos lo demuestran los siglos que hemos recorrido , y nos lo demostrarán los subsiguientes ; para que siempre con verdad pueda decirse , que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

Mientras los emperadores Leon y Constantino , verdaderos herejarcas coronados , atacaban con virulencia el culto de las santas imágenes , Dios suscitó nuevos paladines de la verdad , entre ellos el ya citado san German , patriarca de Constantinopla , y los papas Gregorio II y Gregorio III ; pero otro ilustre Padre descuella en primera línea , cuya potente voz resonó en el universo y conmovió hasta sus cimientos el edificio del error.

Este personaje , formado expresamente para defensa del culto , fué san Juan , apellidado el Damasceno , por ser natural de Damasco , capital de la Celesiria. Oriundo de una familia noble y antigua , su padre , bien que celosísimo cristiano , era muy apreciado de los Árabes , señores ya de la Palestina y de la Siria , y por su cuna , talento y probidad eleváronle á los primeros empleos los emperadores musulmanes. Nombrado secretario de Estado , el piadoso ministro tuvo que redoblar su fervor y vigilancia sobre sí mismo , á proporcion del mayor peligro que corria , atendiendo en especial á la educacion del niño , cuya inocencia y religiosidad se hallaban tan expuestas en la corte de unos soberanos infieles.

Dios, que nunca deja sin premio el mérito de sus servidores, vino en ayuda de este virtuoso padre proporcionándole por medio de una obra caritativa un digno maestro para su hijo. Entre varios cautivos que rescató hubo uno, llamado Cosme, religioso tan recomendable por su virtud como por su doctrina, el cual se prestó de buen grado á criar al hijo de su bienhechor, echando el resto para corresponder á la confianza en él depositada. Gracias á los ilustrados desvelos del maestro, no menos que á las aventajadas disposiciones del discípulo, Juan llegó á ser un hombre tan hábil como virtuoso; honrado entre los Árabes lo mismo que su padre, obtuvo el gobierno de Damasco; y ¡cosa rara! su virtud y capacidad eran tan generalmente reconocidas, que disfrutó el favor del príncipe sin excitar ajenas envidias; cosa que redundó en grandísimo provecho de la Religión.

Hallábase sin embargo muy expuesto en medio de los peligros que le rodeaban, y conociendo cuán difícil es mantenerse bueno en la abundancia y en el seno de los placeres, resolvió dimitir su empleo y retirarse del mundo. Repartidos, pues, sus bienes á los pobres y á las iglesias, pasó secretamente á la laura de San Sabas, cerca de Jerusalem, y presentándose al superior, este le dió por maestro un anciano religioso de mucha práctica en la direccion de las almas, bajo cuya tutela el fervoroso novicio avanzó á grandes pasos en el camino de la perfeccion; pues á fin de probarle y aquilatar su obediencia, sujetábale aquel diariamente á toda clase de mortificaciones.

Entre otras cosas, mandóle un día que fuese á Damasco á vender cestos, con la prevencion de que no los diera á menos de cierto precio, que le indicó, y que era exorbitante. ¿No te parece, lector, una sutil manera de apurar la paciencia de un hombre? El Santo, sin embargo, humilde como un niño, obedeció sin murmurar, y vestido en traje pobre se fué á Damasco, donde tanto tiempo habia vivido en medio de la esplendidez. Cuando le pedian el precio de su mercancía, respondia con arreglo á las instrucciones recibidas, pero tratábanle de delirante y llenábanle de improperios, los que sufría con la mayor resignacion. Últimamente, aceñtando á pasar un antiguo criado suyo, lastimóse este y le compró todos los cestos por el precio que exigia. Así triunfó de la vanidad, contra cuya pasion su director procuraba premunirle de todos modos.

Elevado al sacerdocio, y no teniendo ya que temer de aquella presuncion secreta que aun en los escritores cristianos ofusca no pocas veces todo el mérito de sus vigiliias y trabajos, recibió la orden de tomar la pluma para sostener la fe, atacada por los Iconoclastas. Escribió, pues, sus tres célebres *Discursos sobre las imágenes*, en el primero de los cuales parte del principio de que, siendo la Iglesia infalible, no hay temor de que jamás caiga en la idolatría; y refutando de paso las objeciones de los herejes, les pregunta: ¿Por qué rehusais

dar culto á las imágenes, cuando por otro lado honrais al Dios del Calvario, la losa del Santo Sepulcro, el libro de los Evangelios, la cruz y los vasos sagrados? En el segundo demuestra que no debe hacerse ningun caso de los edictos imperiales acerca de esta materia; y en el tercero aduce gran número de textos de los santos Padres en apoyo de la doctrina católica.

Misionero y apologista, el ilustre Santo no solo escribió contra los Iconoclastas, sino que recorrió la Palestina para consolar á los fieles perseguidos, y con el propio objeto pasó á Constantinopla sin arredrarle la prepotencia de Constantino Coprónimo, caloroso fautor de la herejía. Retirado otra vez á su celda, falleció el año 780, volando á recibir en el cielo el galardón de su humildad y de su entusiasmo en defensa de la Iglesia <sup>4</sup>.

La autorizada voz de san Juan, junto con las reclamaciones de todos los Católicos, fué oída al cabo: la emperatriz Irene, á la sazón regenta del Imperio, se apresuró á escribir al papa Adriano que convocara un concilio para proscribir la herejía de sus parciales; y accediendo Su Santidad, juntáronse los obispos de las varias provincias del Imperio en número de trescientos setenta en la ciudad de Nicea, célebre ya por haberse reunido en ella el primer concilio ecuménico. Refutadas las objeciones de los Iconoclastas ó destructores de imágenes, se confundió é impuso silencio á esta herejía, fallando los Padres, despues de protestar su respetuosa adhesion á los concilios anteriores, en los términos siguientes: « Decidimos que las imágenes » se expondrán no solo en las iglesias, en los vasos sagrados, en los » ornamentos y en los muros, sino tambien en las casas particulares » y en los caminos, pues cuanto mas repetido se vea á Jesucristo, á » su Madre santísima, á los Apóstoles y á los Santos, mas fácil será » pensar en los modelos, y acostumbrarse á venerarlos. Se prestará » á estas imágenes acatamiento y honor, mas no el culto de latria » que solo pertenece á la naturaleza divina, y se las precederá con

<sup>4</sup> Véase Fleury, lib. LXII.; D. Cellier, t. XVIII, pág. 110, y Godescard, al 6 de mayo. Las principales obras de san Juan Damasceno son:

1º. Los *Discursos sobre las imágenes*;

2º. El *Libro de la fe ortoxa*, en el cual todas las verdades católicas se hallan enlazadas de tal modo, que viene á constituir un curso completo de teología;

3º. El *Libro de los vicios capitales*, que despues de definirlos y analizarlos, presenta los medios de contrastarlos y destruirlos;

4º. El *Libro de la dialéctica*, obra que ha hecho considerar á este Santo como inventor del método adoptado despues en las escuelas teológicas, é introducido por san Anselmo entre los Latinos. Cave, famoso ministro protestante, dice que no merece llamarse hombre juicioso el que no admire en los escritos de san Juan Damasceno su erudicion extraordinaria, la exactitud y prevision de sus ideas y la vehemencia poco comun de sus racionios.

El P. Lequien, dominico, dió á luz una buena edicion de las obras de este Santo, 2 tomos en folio, año 1712.

» incienso y luces, conforme se acostumbra hacer con la cruz, el  
» Evangelio y otros objetos sagrados, porque el obsequio dirigido á  
» la imágen se contrae al objeto que ella representa. Tal es la doctri-  
» na de los Padres y de la Iglesia católica. » Sigue á continuación el  
anatema contra los Iconoclastas, y en la suscripción caléndanse los  
legados del Sumo Pontífice y los referidos obispos. Así acabó esta  
herejía sanguinaria: ¿por qué secreto arcano los supuestos refor-  
mistas del siglo xvi, siguiendo las huellas de estos antiguos fanáti-  
cos, hubieron de renovarla con el mismo exceso de impiedad, de  
crueldad y de furor?

Pasemos ahora del siglo viii al ix, disponiéndonos á nuevos sen-  
timientos de admiración y gratitud hácia la Providencia, que vela por  
la Iglesia. Declarados perseguidores ó defensores ineficaces de la Re-  
ligion los emperadores bizantinos, viése pasar la corona de Occidente  
á una de las testas mas dignas que la hubiesen ceñido: Carlomag-  
no, poderoso soberano de Francia, consagrado emperador en Roma  
el día de Navidad del año 800. Protector infatigable de la Religion  
durante un imperio dilatado y glorioso, los estudios reflorecieron  
bajo su gobierno, las ciencias recobraron su perdido lustre, y fun-  
déronse aulas en todas las catedrales y grandes abadías del reino.  
Al mismo tiempo que la Religion prosperaba en el interior, este gran  
Monarca no perdía ocasion de llevar el Evangelio mas allá de sus  
fronteras; y como los Sajones, entre otros, hacia tiempo osaban per-  
mitirse incursiones en sus dominios, llevó á cabo para reprimirlos  
una guerra, cuyo resultado fué la conversion de aquel pueblo. Los  
Sajones á la verdad se resistieron por algun tiempo, pero última-  
mente abrazaron la religion cristiana, y esto bastó para que el gran  
Carlos les perdonara sus revueltas interminables.

A la conversion de los Sajones siguió la de varios otros pueblos del  
Norte, por cuyo medio la Iglesia fué subsanando las pérdidas que el  
Mahometismo y la herejía le irrogaban en Oriente y en el Mediodía,  
pudiendo hasta decirse que se indemnizó previamente de las que en  
breve iba á sufrir.

Lleva san Anscario las luces del Evangelio á Dinamarca y á Sue-  
cia, otra vez para gloria y honor de los Benedictinos; pues este San-  
to era monje de la abadía de Corbie en Picardía. Haroldo, rey de  
Dinamarca, bautizado solemnemente en la corte de Ludovico Pio,  
pidió algunos celosos misioneros para que le acompañaran á su país,  
y diósele entre otros al Santo de quien hablamos, cuyo único anhelo  
era engrandecer el reino de Jesucristo. Empleándose con éxito en la  
conversion de los idólatras, ideó un medio eficaz para perpetuar el  
fruto de sus predicaciones, y fué comprar esclavos jóvenes á los cua-  
les instruía en el conocimiento del Dios verdadero, haciendo de ellos

unos misioneros domésticos, con cuyo auxilio logró formar en Di-  
namarca numeroso proselitismo.

Mientras iba en aumento esta mision, el Rey de Suecia pidió tam-  
bien á Ludovico que le enviara apóstoles para anunciar el Evange-  
lio en sus Estados. El monarca francés, que no deseaba otra cosa, hizo  
preguntar al abad de Corbie si tendria algun religioso que quisiera  
pasar á Suecia, y como cabalmente se hallaba en el monasterio  
Anscario, que habia regresado por asuntos de la mision, hecha la  
propuesta aceptó este nuevo encargo. Presentado al Emperador con  
otro religioso que se le dió por colega, recibieron varios regalos para  
el Rey de Suecia, y se embarcaron; pero robáronles en la trave-  
sia unos piratas, de modo que privados de todo recurso hubieran tenido  
que volverse á no ser el celo de nuestro Santo, el cual poniéndose en  
manos de la Providencia resolvió pasar adelante. Seguido, pues, de su  
compañero continuó á pié un camino erizado de dificultades, teniendo  
entre otras cosas que cruzar muchas veces grandes brazos de mar en  
pequeñas navecillas, flotando á merced del que manda á los vientos y  
á las tempestades. Llegaron, por fin, á Suecia sin traer encima otra  
cosa que la buena nueva de salud; no obstante el Rey los recibió con  
mucho agasajo, y poniendo de contado manos á la obra, en breve sus  
trabajos fueron coronados con el éxito mas lisonjero.

Uno de los primeros convertidos fué el gobernador de la capital,  
magnate muy querido del Rey, quien mandó labrar una iglesia dando  
pruebas de la mas sincera piedad, y perseverando siempre en la fe  
que habia abrazado. Cuando ya hubo suficiente número de cristianos,  
establecióse en Hamburgo una sede arzobispal, cuyo primer titular  
fué Anscario. El ardor del nuevo Prelado era infatigable; su vida  
austerísima, pues solo se mantenía de pan y agua, y su caridad con  
los pobres tan excesiva, que su mayor gusto era lavarles los piés y  
servirles en la mesa. El Señor, en premio, le concedió el don de mi-  
lagros, pues sanó varios enfermos con la eficacia de sus oraciones, si  
bien su piedad no le dejaba aun atribuírselos. Habiendo sido la gran  
ambicion de su vida derramar su sangre por la fe, cuando se vió aco-  
metido de la enfermedad que le llevó al sepulcro, púsose inconsolable:  
« ¡Mis pecados, exclamaba, mis pecados son los que me privan de la  
» gracia del martirio! » Sintiendo acercarse su hora, reunió las fuer-  
zas que le quedaban para exhortar á sus discípulos á servir á Dios  
fielmente, y á sostener su querida mision; y habiendo cerrado los  
ojos, dió su espíritu al Criador á los sesenta y siete años de edad<sup>4</sup>.

Mientras la barbarie de las razas septentrionales se doblegaba bajo  
el celo de los misioneros, el fanatismo musulman era vencido en Es-

<sup>4</sup> Godescard, al 3 de febrero; Fleury, lib. I, 4 y sig.; *Compendio de la historia de la Iglesia*, pág. 260.

pana por el valor de los Mártires. Dueña la morisma de gran parte de aquel hermoso suelo, uno de sus especiales cuidados fué apagar la fe que en él ardía, siendo los Cristianos objeto de violentas persecuciones. Muchos vertieron su sangre en defensa del Cristianismo, entre otros san Perfecto, santa Coloma y san Eulogio; este último, oriundo de una de las principales familias de Córdoba, habiendo pasado su infancia entre los clérigos de la ciudad, fué ascendido por su virtud y sabiduría al sacerdocio y á la direccion de la escuela eclesiástica cordobesa que era celeberrima entonces. El sabio director santificaba sus estudios por medio de oraciones, ayunos y vigiliass; su humildad, dulzura y caridad le atraian el afecto y la veneracion de cuantos le trataban, y era asiduo en visitar los monasterios, para adiestrarse en la perfeccion bajo los cumplidos modelos que en ellos se albergaban.

En esto el rey Abderraman III encendió una violenta persecucion contra los fieles, y el obispo de Córdoba con otros muchos sacerdotes y particulares fué encerrado en una mazmorra oscura. Entre los sacerdotes presos figuraba Eulogio, cuyo único delito consistia en alentar á los Mártires con sus consejos, y cuya única ocupacion durante su encarcelamiento se redujo á componer su *Exhortacion á los Mártires*, dedicada á las vírgenes Flora y María, que fueron decapitadas el año siguiente. Seis dias despues del martirio de estas Santas, Eulogio y sus compañeros salieron libres, cuya circunstancia les hizo atribuir con razon este beneficio á las súplicas que las santas Mártires habian prometido elevar por ellos en el cielo.

Por fallecimiento del Arzobispo de Toledo, eligióse unánimemente en sucesor á Eulogio; pero no sobrevivió mucho á su eleccion. Avivada la persecucion bajo Mohamad, sucesor de Abderraman, prendiéronle de nuevo, y padeció martirio el que á tantos cristianos habia esforzado á padecerlo. Hé aquí lo que motivó semejante desenlace:

Una doncella llamada Leocricia, de ilustre familia muzlime, habia sido instruida desde niña en las verdades de la Religion por una parienta suya, que aun tuvo medio para hacerla bautizar. Los padres, sabedores de esto, maltrataban noche y dia á la pobrecita para hacerla renunciar á su fe; pero firme ella, cual debemos serlo todos tratándose del cumplimiento de los deberes cristianos, contentábase con responder humilde, que antes importa obedecer á Dios que á los hombres. Habiendo dado secreto aviso de lo que pasaba al sacerdote Eulogio y á su hermana Ancelona, pidió retirarse á algun lugar donde libremente se pudiera consagrar á sus prácticas. Eulogio le indicó con cautela el modo de salir de la casa paterna, y por algun tiempo la tuvo escondida en la de amigos fieles á toda prueba; pero los padres, desesperados, pusieron tanto empeño y diéronse tan buena maña en buscarla, que al cabo dieron con ella. Arrestado Eulogio y conducido

con Leocricia ante un cadí ó juez, preguntóle este por qué razon habia apartado á una inocente doncella de la obediencia que á sus padres debia: Eulogio le demostró que hay casos en que la desobediencia á los padres se convierte en deber, y se adelantó á ofrecer enseñarle la via del cielo y que Mahoma era un impostor. Indignado el juez, dijo que le haria matar á palos, pero despreciando los tormentos, nuestro Santo proclamó en alta voz su fe religiosa, y su deseo de permanecer en ella. Viendo tanta entereza, el cadí le remitió al alcázar, para que le juzgara el Consejo real.

Uno de los consejeros, tomándole aparte, le dijo: Eso de correr ciegamente á la muerte es cosa de ignorante gentecilla; pero un hombre ilustrado como tú no debe caer en semejante desvarío. Créeme, acomódate á las circunstancias; solo se te pide una palabra, y despues serás libre de seguir observando tu religion, pues te aseguro que no te molestarémos mas. — Amigo, respondió Eulogio, si tuvieras una ligera idea de los galardones prometidos á los Cristianos, pronto renunciarias á todos los logros temporales para conseguir aquellos; y de paso comenzó á demostrar al Consejo la verdad del Cristianismo, pero desoyendo sus razones le condenaron á la decapitacion. Cuando marchaba al suplicio un esbirro le dió un bofetón porque habia hablado mal de Mahoma, y por respuesta presentó la otra mejilla y recibió otro con la mayor paciencia. Consumado alegremente su glorioso martirio, Leocricia fué asimismo decapitada cuatro dias despues, recogiendo los Cristianos sus cuerpos, á los que dieron honrosa sepultura.

La sangre de los Mártires vertida en España fué, cual en todo tiempo, un semillero de nuevos cristianos. Entre tanto los Búlgaros, nacion poderosa y fiera establecida en el Norte de Europa cerca del Asia, á beneficio de la Religion van á ser convertidos de bravos leones en unos hombres llenos de suavidad é inocencia.

Durante cierta guerra que sostuvieron contra Teófilo, emperador de Oriente, perdieron una gran batalla, y entre los prisioneros se halló la hermana de su rey. Llevada á Constantinopla permaneció allí treinta y ocho años, en cuyo tiempo se hizo instruir en la religion cristiana y recibió el Bautismo, y, recobrada su libertad, volvió al país natal cerca del rey su hermano. Allí empezó á hablar á este del Cristianismo exhortándole á abrazarlo; conmovido ya el monarca, una circunstancia providencial pareció venir en ayuda de la piadosa Princesa. Declárase en Bulgaria un funesto contagio, y dirigiéndose el rey al Dios de su hermana, cual en otro tiempo se dirigió Clodoveo al de Clotilde, cesa el azote casi de repente. Convencido el rey á vista de tal prodigio, contiénese sin embargo por miedo de una sublevacion entre sus vasallos, los cuales estaban muy apegados á sus supersticiones.

Así las cosas, san Cirilo, que andaba predicando el Evangelio por

las naciones vecinas, recibió orden de penetrar en Bulgaria. El rey al principio resistió los discursos del Misionero, como había resistido los de su hermana, pero finalmente sonó la hora de la gracia : queriendo hacer pintar una galería de su palacio, pidió un artista hábil al emperador de Constantinopla, quien le envió el santo monje Método ó Metodio, hermano de Cirilo, muy diestro en el arte, el cual llegado al palacio de Bógoris (tal era el nombre del rey búlgaro), invitado por este á elegir entre otras cosas un asunto que aterrara á los espectadores, representó el juicio final con todas sus espantosas circunstancias. Concluida su obra, descorre súbitamente una cortina que la cubria, en presencia del rey : túrbase este al ver el cuadro, y sobre todo al oír su explicacion, y no pudiendo resistir mas, correspondiendo á la gracia que le habla por medio de aquel objeto sensible, pide con instancia ser instruido en los misterios de la Religion. Metodio esclarece sus dudas y le da cuantas instrucciones pudiera necesitar, y aquella misma noche queda el rey bautizado recibiendo el nombre de Miguel.

Cuando los Búlgaros tuvieron noticia de lo sucedido, atacaron tumultuosamente la real morada ; pero Miguel, puesta su confianza en Dios, juntó á sus guardias y arrolló á los rebeldes. Sin embargo la fermentacion duró poco, calmáronse los ánimos, el pueblo fué olvidando sus preocupaciones, y dócil á la voz de los predicadores evangélicos acabó por recibir el Bautismo á ejemplo de su rey.

Miguel envió entonces embajadores al Sumo Pontífice, cual jefe de la Iglesia, en demanda de obreros evangélicos y en consulta sobre varios puntos de Religion y disciplina. Nicolao I, papa á la sazón, recibió cariñosamente á aquellos nuevos cristianos venidos de tan lejos para obtemperar á las instrucciones de la Santa Sede, y habiéndoles dispensado cordial acogida, dió cabal respuesta á los puntos consultados, y despidió á los embajadores llenos de alborozo, en compañía de dos obispos muy autorizados por su virtud y saber.

Nada mas edificante que la conducta de aquellos pueblos tan recientemente convertidos ; á la ferocidad, á las supersticiones groseras, crueles é infames, á los abominables vicios que entre ellos reinaban, sucedieron la dulzura, la concordia, la pureza de costumbres, y cuanto constituye la felicidad y la gloria, aun temporal, de una nacion, viéndose al mismo Miguel, primer rey cristiano de la Bulgaria, abdicar la corona con objeto de acabar sus dias en un monasterio. ¿Qué otra religion sino el Cristianismo, ni qué otros misioneros sino los católicos civilizaron á los pueblos ni obraron jamás tan estupendos milagros ?

ORACION.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber manifestado la pujanza de vuestra gracia, convirtiendo á tantas naciones idó-

latras. Seguid convirtiendo á los pecadores que no os estiman, y á los herejes que os aprecian mal.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios ; y en testimonio de este amor, utilizaré todas mis dotes para la mayor gloria de Dios.